



KANT, según un dibujo de la época.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE KANT

I

PRELUDIO BIOGRÁFICO

Por de contado, creo que se me concederá que cuantos tengan alguna educación mostrarán cierto interés en conocer la *historia personal* de Kant, por poco que su gusto y las ocasiones hayan podido ponerlos en relación con la historia de las opiniones filosóficas de Kant. Un grande hombre, aun colocado en muy impopular sendero, siempre y necesariamente debe ser objeto de una liberal curiosidad. Suponer que un lector sería perfectamente indiferente á Kant, es suponer que sería perfectamente inintelectual, y en consecuencia, por más que no se sintiese realmente atraído hacia el célebre pensador, habría que suponer lo contrario, siquiera fuese por política. Este

principio me evita dar mis excusas al lector, sea quien sea, filósofo ó no, godo ó vándalo, huno ó sarraceno, al imponerle un corto bosquejo de la vida de Kant y de sus costumbres familiares, sacado de los relatos auténticos de sus amigos y discípulos. Verdad es que, aun sin falta de generosidad de parte del público, las *obras* de Kant no son consideradas en este país con el mismo interés que se ha acumulado alrededor de su *nombre*; y esto puede atribuirse á tres causas: en primer lugar, al lenguaje en que tales obras están escritas; en segundo lugar, á la supuesta obscuridad de la filosofía que contienen, sea esta obscuridad inalienable ó debida al modo particular de exposición de Kant; en tercer lugar, á la impopularidad de toda filosofía especulativa (sea cual fuere y en cualquier forma que se la desarrolle) en un país en que la estructura y la tendencia de la sociedad imprimen á toda la actividad de nación una dirección casi exclusivamente práctica. Pero cualquiera que haya sido la fortuna inmediata de sus libros, ningún hombre de curiosidad esclarecida dejará de mirar al autor mismo sin sentimiento de interés profundo. Medido por la simple evaluación de la fuerza, por el número de libros escritos directamente

por él ó contra él (para no decir nada de los que él ha indirectamente modificado), no hay escritor filosófico, si exceptuamos á Aristóteles, Descartes y Locke, que pueda pretender aproximarse á Kant por la extensión ó la altura de influencia ejercida sobre los espíritus de los hombres. Siendo, pues, tales los derechos que á nuestra atención tiene, repito que no habrá de parte del lector más que un acto razonable de respeto en admitir en sí propio suficiente interés por Kant, para justificar esta breve memoria de su vida y sus costumbres.

Manuel Kant, segundo de seis hijos, nació en Koenisberg, de Prusia (ciudad que en aquel tiempo contaba alrededor de 50.000 habitantes), el 22 de Abril de 1724. Sus padres eran gentes de rango humilde, ni aun lo bastante ricos para su situación, pero que pudieron, gracias á la ayuda de un pariente próximo y algunos subsidios que añadió un aristócrata que les estimaba por su piedad y sus virtudes domésticas, dar á su hijo Manuel una educación liberal. Enviáronlo, niño, á una escuela de caridad, y en 1732 pasó á la Real Academia de Federico. Allí estudió los clásicos griegos y latinos y entabló amistad íntima con uno de sus condiscípulos, David Ruhnken (tan co-

nocido más tarde de los sabios bajo el nombre latino de Ruhnkenius), amistad que duró hasta la muerte de este último. En 1737, Kant perdió á su madre, mujer de carácter elevado, dotada de cualidades intelectuales superiores á su posición, y que contribuyó á la eminencia futura de su ilustre hijo por la dirección que imprimió á sus juveniles pensamientos y por los sentimientos profundamente morales que le inculcó. Kant no habló nunca de ella hasta el fin de su vida sin la más extremada ternura y sin un serio reconocimiento de las obligaciones que debía á los cuidados maternos.

En 1740 entró en la Universidad de Koenigsberg. En 1746, cerca de los veintidós años de su edad, escribió su primer ensayo sobre una cuestión semimatemática, semifilosófica: la evaluación de las fuerzas vivas. Este problema había ya sido propuesto por Leibnitz en oposición á los cartesianos, declarando su promovedor que constituía una nueva ley de evaluación, no simplemente una nueva evaluación, y declarando su continuador que el problema quedaba al fin resuelto, después de haber ocupado durante más de medio siglo á los grandes matemáticos de Europa. La disertación de Kant iba dedicada al rey de Prusia, á quien parece no

llegó jamás. Parece también que, aunque impresa, no fué realmente publicada. Desde este momento hasta 1760, Kant vivió como preceptor de varias familias ó dando conferencias privadas en Koenigsberg, particularmente á los militares, sobre el arte de la fortificación. En 1770 fué nombrado para la cátedra de matemáticas, que cambió en seguida por la de lógica y metafísica. En esta ocasión pronunció un discurso inaugural: *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis*, que es digno de nota, porque contiene los primeros gérmenes de la filosofía trascendental. En 1781 dió á luz su grande obra *Die Kritik der reinen Vernunft*. El 12 de Febrero de 1804 murió.

Tales son las grandes épocas de la vida de Kant. Pero esta vida fué notable, no tanto por sus incidentes, como su pureza y dignidad filosóficas no interrumpidas, y cuya mejor impresión se encontrará en las memorias de Wasianski, comprobadas y apoyadas por los testimonios colaterales de Jachmann, Rinke, Borowski y otros. En ella vemos á Kant con la miseria de facultades que van á caer en decrepitud y con el dolor, la depresión y la agitación causadas por dos enfermedades, una del estómago y otra de la cabeza, cosas todas por encima de las

cuales la bondad y la nobleza de su naturaleza le llevan victoriosamente, como arrasadas por alas, hasta el fin. El principal defecto de estas memorias (como de todas las demás) sobre Kant, es que refieren muy poco sobre su conversación y sus opiniones, y acaso que el lector estará dispuesto á quejarse de que algunas de las notas sean demasiado minuciosas y detalladas, á la vez que destituídas, unas veces de dignidad, otras de sensibilidad. En lo que concierne á la primera objeción, puede responderse que una comadrería biográfica de este género y una información poco escrupulosa sobre la vida privada de un hombre, cualquiera que sea la dificultad que una persona honorable pueda experimentar en escribirla, puede ser leída sin vituperio, y aun me atrevo á afirmar que con ventaja, allí donde el asunto es un grande hombre. En cuanto á la otra objeción, yo no sabría ciertamente cómo excusar á Wasianski de haberse arrojado junto al lecho de su amigo moribundo para notar con la exactitud de un *reporter* estenógrafo la última palpitación del pulso de Kant y las luchas de la naturaleza debatiéndose en la agonía, sino por la suposición de que la concepción idealizada que tenía de Kant como de un hombre

perteneciente á la posteridad, parecía en su espíritu remontar y ahogar las restricciones ordinarias de la sensibilidad humana, y que, bajo esta impresión, cumplió por un sentimiento de deber público lo que voluntariamente jamás hubiera hecho, si se hubiese abandonado á sus afecciones privadas. Ahora, pues, comencemos y supongamos que es casi siempre Wasianski quien habla.

II

RELACIONES CON EL PROFESOR

Mis relaciones con el profesor Kant comenzaron mucho tiempo antes del período á que esta breve memoria se refiere. En el año 1773 ó 1774 (pues no lo podría precisar con exactitud) seguí sus lecciones. A poco le servía de secretario, y estas funciones me dieron con él mayor intimidad que la que tenían los demás estudiantes, siendo de advertir que sin arrullo alguno de parte mía me concedió un privilegio general de libre acceso á su anfiteatro. En 1780 entré en las órdenes y suspendí toda relación con la Universidad. Continué, es verdad, residiendo en Koenisberg, pero enteramente olvidado ó al menos completamente inadvertido por Kant. Diez años más tarde, en 1790, le encontré por casualidad en una alegre fiesta. Se trataba de las bodas de

un profesor de Koenisberg. En la mesa, Kant distribuyó su conversación y sus atenciones en general entre los convidados, mas apenas se hubo levantado y la compañía repartiéndose en grupos distintos, se acercó amablemente á mí. En aquel momento estudiaba las flores, como aficionado, se entiende, y por la pasión que me inspiraban. Tan pronto como reparé en él me habló de mi ocupación favorita, y por cierto con gran competencia. En el curso de nuestra conversación, me sorprendió descubrir que de todas las circunstancias de mi situación se hallaba informado. Recordóme nuestra antigua relación, me expresó su satisfacción por encontrarme feliz, y fué bastante bondadoso para rogarme fuese de cuando en cuando á comer con él, si mis ocupaciones me lo permitían. Poco después se levantó para retirarse y como nuestros caminos estaban en la misma dirección, me propuso que le acompañase. Así lo hice, y entonces recibí una invitación para la semana siguiente, con una invitación general para las semanas que siguiesen á ésta y la libertad de elegir día. Por el momento encontraba difícil explicarme la distinción con que me trataba Kant, y conjeturé que algún amigo oficio-

so le había tal vez hablado de mí más ventajosamente de lo que convenía á mis humildes pretensiones. Empero una experiencia más íntima me convenció de que tenía la costumbre de estar constantemente al corriente de lo que sucedía á sus antiguos discípulos, y que con noble sinceridad se regocijaba de su bienestar y éxitos, tanto que parece que yo no había estado en lo justo al creer que me había olvidado.

Esta renovación de mi amistad con Kant coincidió casi exactamente con una época que trajo un completo cambio en casi todas sus disposiciones domésticas. Hasta entonces había tenido por costumbre comer en una fonda, pero desde entonces comenzó á vivir en casa propia, y todos los días invitaba á comer á algunos amigos; de manera que la sociedad, comprendido él, fuese de tres á lo menos y de nueve á lo más, y en las pequeñas solemnidades, de cinco á ocho. Era, como se ve, un adepto puntual de la regla de lord Chesterfield, para quien una reunión de convidados, incluyendo al anfitrión, no debía ser inferior al número de las Gracias, ni superior al de las Musas. En toda la economía del menaje de Kant, y en particular de sus comidas, había algo de especial y de gustoso, opues-

to, á las convenciones sociales, y no porque hubiese falta alguna de solemnidad ó *decorum*, como sucede con frecuencia en las casas en que no hay mujer para imponer un tono á la conversación. La rutina, que en circunstancia alguna variaba ni se alojaba, era ésta: apenas la comida estaba preparada, cuando Lampe, el viejo ayuda de cámara de Kant, se presentaba con aire mesurado en su gabinete de trabajo y anunciaba que «el señor profesor estaba servido». A este llamamiento se respondía con una rapidez extrema, no cesando Kant de hablar hasta el comedor del estado de la temperatura, asunto de conversación que prolongaba de ordinario durante la primera parte de la refacción: asuntos más graves, tales como los acontecimientos políticos del día, no se introducían jamás antes de comer, ni sobre todo en el gabinete de trabajo. Apenas Kant había ocupado su asiento y desplegado su servilleta, abría las nuevas operaciones con una fórmula particular: *¡Vamos, señores!* Las palabras no son nada, pero la entonación y el aire con que las pronunciaba proclamaban de modo poco equívoco el distendimiento de la labor matinal y el abandono determinado con que se entregaba al reposo y á la alegría. La mesa

estaba hospitalariamente dispuesta: había platos suficientes á elegir conforme á la variedad de gustos, y los vasos de vino estaban colocados, no sobre un velador retirado ó en la odiosa mano de un doméstico pariente de las Barmécidas, sino anacreónticamente sobre la mesa misma y al alcance de la mano de los convidados. Cada uno se servía á sí propio, y todos los retardos producidos por refinado espíritu de ceremonia eran tan desagradables á Kant, que rara vez dejaba de expresar, aunque sin cólera, su disgusto, si sobrevenía algún episodio de ese género. Para esta aversión á los retardos Kant tenía una excusa especial en que trabajaba siempre sin descanso desde una hora muy temprana y no tomaba nada hasta la hora de comer. De aquí que en el último período de su vida, aunque menos quizá por una sensación real de hambre que por una impresión inquieta de hábito ó de irritación periódica del estómago, apenas podía esperar con paciencia la llegada de la última persona invitada.

No había amigo de Kant que no considerase el día en que comía con él como un día de fiesta. Sin darse aire de instructor, Kant lo era realmente en el más alto grado. Toda la conversación aparecía regada

por el desbordamiento de su inteligencia, que se expansionaba con naturalidad y sin afectación en todos los asuntos á medida que las eventualidades de la conversación lo sugerían, y el tiempo volaba rápidamente desde la una hasta las cuatro, las cinco y aun más tarde, con grandes provechos y delicias. Kant no toleraba *acalmia*, que tal era el nombre que daba á las pausas momentáneas de la conversación cuando su animación languidece. Y adivinaba siempre algún medio para remover el interés, en lo que le ayudaba mucho el tacto con que cultivaba en cada convidado sus especiales gustos ó la naturaleza particular de sus estudios, cosas respecto á las cuales estaba siempre preparado, cualesquiera que fueren, para hablar con competencia y con el interés de un observador original. Preciso era que los asuntos locales de Koenigsberg fuesen verdaderamente interesantes para que él tolerase que usurparan la conversación en la mesa; y lo que aún parecerá más singular, raramente, casi nunca, dirigía la conversación hacia rama alguna de la filosofía que había fundado. En modo alguno adolecía del defecto que tienen tantos sabios y literatos, intolerantes con todos aquellos cuyos estudios pueden haber-

les descalificado por una simpatía especial con los suyos propios. Su estilo en la conversación era familiar hasta lo sumo y desprovisto de toda escolástica, tanto que un extranjero que hubiera conocido sus obras y no su persona, difícilmente hubiera creído que aquel compañero encantador y delicioso era el profundo autor de la filosofía trascendental.

Los temas de conversación en la mesa de Kant sacábanse principalmente de la filosofía de las ciencias, de la química, de la meteorología, de la historia natural y, por encima de todo, de la política. Las novedades del día, tal como las relataban las gacetas, se discutían con especial vigilancia de examen. Con todo relato al que faltase fecha de tiempo ú origen de lugar, por plausible que pudiese parecer, Kant se mostraba inexorablemente escéptico y le tenía por indigno de ser traído á colación. Tan aguda era su penetración interior de los acontecimientos políticos y de la policía secreta que los movía, que hablaba más bien con la autoridad de un diplomático que hubiera tenido acceso á los consejos de Gabinete que como un simple espectador de las grandes escenas que se desarrollaban aquellos días en el teatro de Euro-

pa. En el momento de la Revolución Francesa emitió numerosas conjeturas, que pasaron entonces por paradójicas previsiones, especialmente en lo concerniente á las operaciones militares, pero que fueron realizadas tan puntualmente como su famosa conjetura sobre el *hiatus* del sistema planetario entre *Marte* y *Júpiter*, hipótesis cuya confirmación alcanzó á ver, gracias al descubrimiento de *Ceres* por Piazzi y de *Pallas* por el doctor Olber. Estos dos descubrimientos, preciso es decirlo, le impresionaron fuertemente, suministrándole un tema sobre el cual hablaba siempre con placer, aunque, con su modestia habitual, no mencionase nunca la sagacidad que había mostrado al establecer, muchos años antes de esos descubrimientos, su probabilidad *à priori*.

No solamente brillaba Kant como compañero, sino también como anfitrión cortés y generoso que no experimentaba placer mayor que el de ver á sus comensales alegres y expeditos. El espíritu salía renovado de los placeres mixtos, á la vez sensuales é intelectuales, de aquellos banquetes platónicos. Acaso por mantener esta amable cordialidad se mostraba Kant artista en la composición de sus comidas. Tenía para

ellas dos reglas que observaba manifiestamente y á las que no le ví faltar nunca. La primera era que la sociedad fuese heterogénea (esto para dar suficiente variedad á la conversación), y así, sus invitados presentaban toda la diversidad que podía ofrecer el mundo de Koenigsberg. Todos los géneros de vida tenían allí su representación: funcionarios, médicos, profesores, eclesiásticos y negociantes ilustrados. Su segunda regla era admitir una justa proporción de jóvenes, algunos muy jóvenes, escogidos entre los estudiantes de la Universidad, á fin de dar cierto movimiento de vida y de ingenua frescura á la conversación: á lo que se añadía, como tengo razones para creer, el motivo de que de este modo conseguía distraerse de la tristeza que á veces invadía su espíritu, cuando pensaba en la muerte de algunos amigos jóvenes que apreciaba muy de veras.

Y esto me conduce á citar un rasgo singular en la manera que Kant tenía de expresar su simpatía por los amigos cuando estaban enfermos. Mientras el peligro era inminente, manifestaba una ansiedad llena de agitación, hacía visitas continuadas, esperaba con impaciencia la crisis, y á menudo su turbación de espíritu era tal que no

podía realizar el trabajo diario. Mas apenas se le anunciaba la muerte del enfermo, recobraba su calma y tomaba un aire de firme tranquilidad, casi de indiferencia. La razón era que consideraba la vida en general, y, por consiguiente, esa particular afección de la vida que llamamos enfermedad, como un estado de oscilación y de cambio perpetuo, entre el cual y el flotar de las simpatías de la esperanza y del temor había una relación natural que la razón justificaba, al paso que la muerte, estado permanente que no admite más ni menos, que termina toda ansiedad y para siempre extingue las agitaciones de la inquietud, no le parecía adaptado á otro estado de ánimo que una disposición de la misma naturaleza, durable é inmutable. No obstante, todo su heroísmo filosófico cedió en una ocasión; porque muchas personas se acordarán del tumulto de dolor que manifestó ante la muerte de Ehrenboth, joven de rara inteligencia y extraordinariamente dotado, por quien sentía el mayor afecto; y sucedió naturalmente, en una vida tan larga como la suya, á pesar de la previsorá regla que le llevó á elegir camaradas todo lo jóvenes que fuese posible, que hubo de sufrir el duelo de muchas pérdidas queridas, imposibles de reemplazar.

III

SUS HORAS

Volvamos ahora al empleo de sus días. Inmediatamente después de comer, Kant salía para hacer ejercicio; pero entonces no llevaba compañía, primeramente, porque juzgaba quizá bueno, después de la laxitud de la conversación con sus invitados, proseguir sus meditaciones, y en segundo lugar, á lo que me parece, por la razón especial de que él deseaba respirar por las narices, cosa que no habría podido hacer si se hubiese visto obligado á abrir continuamente la boca al hablar. La razón de este deseo era que el aire atmosférico así asimilado y llegando á los pulmones menos rudo y á una temperatura algo más elevada, debía ser menos apto para irritarlos. Por una estricta perseverancia de esta práctica, que recomendaba constantemente á sus